

LA FELICIDAD LA FELICIDAD LA FELICIDAD
LA FELICIDAD LA FELICIDAD LA FELICIDAD
LA FELICIDAD LA FELICIDAD LA FELICIDAD
LA FELICIDAD LA FELICIDAD LA FELICIDAD
LA FELICIDAD LA FELICIDAD LA FELICIDAD
DESESPERADAMENTE LA FELICIDAD
LA FELICIDAD LA FELICIDAD LA FELICIDAD
LA FELICIDAD LA FELICIDAD LA FELICIDAD
LA FELICIDAD LA FELICIDAD LA FELICIDAD
LA FELICIDAD LA FELICIDAD LA FELICIDAD

ANDRÉ
COMTE-SPONVILLE

André Comte-Sponville
La felicidad, desesperadamente

PAIDÓS Esenciales

1.ª edición, agosto de 2001

1.ª edición en esta presentación, abril de 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© André Comte-Sponville, 2001

© de la traducción, Enrique Folch González, 2001

© de todas las ediciones en castellano,

Espasa Libros, S. L. U., 2001

Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3437-5

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 5.852-2018

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España — *Printed in Spain*

Título original: *Le Bonheur, désespérement*, de André Comte-Sponville

Publicado originalmente en francés por Éditions Pleins Feux, Nantes

Traducción de Enrique Folch González

Diseño de la cubierta de Solo, Independent Design Studio from Barcelona

Diseño de interior de Carles Rodrigo Studio

Sumario

La felicidad, desesperadamente	11
<hr/>	
I. La felicidad fallida o las trampas de la esperanza	24
<hr/>	
II. Crítica de la esperanza, o la felicidad en acto	43
<hr/>	
III. La felicidad, desesperadamente: una sabiduría de la desesperación, la felicidad y el amor	62
<hr/>	
Preguntas a André Comte-Sponville	81
<hr/>	
Notas	119
<hr/>	

I

La felicidad fallida o las trampas de la esperanza

¿Por qué es necesaria la sabiduría? En el fondo, podrían hacerme, o hacerse, esta pregunta: «¿Necesitamos sabiduría?». La tradición contesta que sí, pero ¿qué nos demuestra que tiene razón? Nuestra desgracia. Nuestra insatisfacción. Nuestra angustia. ¿Por qué es necesaria la sabiduría? Porque no somos felices. Si en esta sala los hay que son plenamente felices, es evidente que no tengo nada que aportarles, al menos si su felicidad es una felicidad en la verdad: son más sabios que yo. Les autorizo de buen grado a abandonar la sala. Pero ¿por qué habrían venido? ¿Qué podría aportarles un filósofo a un sabio?

¿Por qué es necesaria la sabiduría? Porque no somos felices. Esto nos remite a una frase de Camus, que tenía

ese talento para decir con sencillez cosas graves y fuertes: «Los hombres mueren, y no son felices». Yo añadiría: por eso la sabiduría es necesaria. Porque morimos y porque no somos felices. Si no muriésemos, aun sin ser felices, tendríamos tiempo de esperar, pensaríamos que la felicidad habría de llegar, aunque fuese al cabo de unos siglos... Si fuésemos plenamente felices, aquí y ahora, quizá aceptaríamos morir: esta vida, tal como es, finita y breve, bastaría para colmarnos... Si fuésemos felices sin ser inmortales, o inmortales sin ser felices, nuestra situación sería aceptable. Pero ser a la vez mortal y desgraciado, o saberse mortal sin considerarse feliz, es una razón de peso para tratar de arreglárselas y, como decía Epicuro,¹ filosofar de veras, es decir, para tratar de volverse un poco más sabio.

También nos remite a otro enunciado, en este caso una aportación de Malraux. Un día, Malraux conoce a un anciano sacerdote católico, y lo que fascina al librepensador Malraux, en este personaje del anciano sacerdote, es sobre todo la experiencia de confesor que, acertadamente, presupone en él. Malraux le pide: «Padre, dígame qué ha descubierto, en toda esta vida de confesor, qué le ha enseñado esta larga intimidad con el secreto de las almas...». El anciano sacerdote reflexiona unos instantes y responde a Malraux —cito de memoria—: «Le diré dos cosas. La

primera, que la gente es mucho más desgraciada de lo que creemos. La segunda, que no hay grandes personas». Yo añadiría nuevamente: por eso la sabiduría es necesaria, por eso hay que filosofar. Porque somos mucho más desgraciados, o mucho menos felices, de lo que los otros creen; y porque no hay grandes personas.

Éste es mi punto de partida: no somos felices, o no lo somos suficiente, o demasiado excepcionalmente. Pero ¿por qué?

No somos felices, a veces, porque todo va mal. Los que no eran felices en Ruanda o en la antigua Yugoslavia, en los peores momentos de las masacres, o los que no son felices hoy en Timor oriental, o, más cerca de nosotros, los que padecen la miseria, el paro o la exclusión, o los que sufren una enfermedad grave o tienen un allegado al borde de la muerte..., que éstos no sean felices, lo comprendo fácilmente, y la mayor urgencia, para ellos, no es en absoluto filosofar. No digo que no haya lugar para filosofar en Timor oriental o en un servicio de oncología, pero diría que no es la principal urgencia: primero hay que sobrevivir y luchar, ayudar y curar.

No somos felices, pero no siempre porque todo va mal. También ocurre, y con mayor frecuencia, que no somos felices ni siquiera cuando todo va más o menos bien, al menos para nosotros. Pienso en los momentos en que

uno se dice: «Lo tengo todo para ser feliz». Salvo que, ustedes lo han advertido igual que yo, no basta con tenerlo todo para ser feliz... para serlo efectivamente. ¿Qué nos falta para ser felices, cuando lo tenemos todo para serlo y no lo somos? Nos falta la sabiduría.

Sé bien que los estoicos (y los epicúreos no eran menos ambiciosos) pretendían que el sabio es feliz en toda circunstancia, le ocurra lo que le ocurra. ¿Se ha incendiado tu casa? Da igual: si tienes la sabiduría, ¡eres feliz! «Pero en la casa estaban mi esposa y mis hijos... ¡Todos han muerto!» Da igual: si tienes la sabiduría, eres feliz. Tal vez... Confieso que me siento incapaz de este tipo de sabiduría. Ni siquiera me siento capaz de deseársela verdaderamente. Además, los mismos estoicos reconocían que quizá no había existido ningún sabio, entendido como ellos lo definían. Esta sabiduría, absoluta, inhumana o sobrehumana, no es más que un ideal que nos deslumbra al menos tanto como nos ilumina. Soy como Montaigne: «Espántanme esas posturas trascendentes, como los lugares altos e inaccesibles».² Me contentaría de buen grado con una sabiduría menos ambiciosa, o menos tremenda, con una sabiduría de segunda fila, que me permitiese ser feliz no cuando todo va mal (no soy capaz, ni pido tanto), sino cuando todo va más o menos bien, como es el caso —en los países un poco favorecidos

por la historia y para muchos de nosotros— las más de las veces. Una sabiduría de la vida cotidiana, si lo prefieren, una sabiduría a la Montaigne: una sabiduría para todos los días y para todos nosotros... «Todo lo sabio que se quiera —escribe también Montaigne—, mas hombre al fin y al cabo: ¿hay algo más caduco, más miserable y más insignificante? La sabiduría no domina nuestra condición natural.»³ No es una razón para vivir de cualquier manera ni para renunciar a la felicidad.

¿Qué nos falta para ser felices cuando lo tenemos todo para serlo y no lo somos? Lo que nos falta es la sabiduría o, en otras palabras, el *saber vivir*, pero no en el sentido de la urbanidad o la corrección del saber estar, sino en el sentido profundo de la expresión, en el sentido en que Montaigne afirma que no hay «ciencia tan ardua como saber vivir esta vida bien y naturalmente».⁴ Esta *ciencia* no es una ciencia en el sentido moderno del término. Es más bien un arte o un aprendizaje; se trata de aprender a vivir; solamente esto es filosofar de verdad.⁵

¿Aprender a vivir? De acuerdo. Pero entonces no podemos evitar el verso de Aragon, bellamente popularizado por Brassens: «El tiempo de aprender a vivir ya es demasiado tarde...»

Cuando era profesor de *terminale*, durante aquella famosa primera clase del año en que había que explicar a

los alumnos qué era la filosofía, citaba a menudo la definición de Epicuro con la que he iniciado esta conferencia, y también el verso de Aragon «El tiempo de aprender a vivir ya es demasiado tarde...» (aún no sabía que una idea vecina se encuentra en Montaigne: «Nos enseñan a vivir cuando la vida ya ha pasado»).⁶ Y les decía: «Así es, filosofar sirve para aprender a vivir, si puede ser, antes de que sea demasiado tarde, *antes* de que sea *definitivamente* tarde». Por último, añadía, con Epicuro, que, para filosofar, nunca se es «demasiado viejo ni demasiado joven»,⁷ puesto que nunca es demasiado tarde ni demasiado pronto para «alcanzar la salud del alma»,⁸ es decir, para aprender a vivir o para ser feliz.

Tenemos un deseo de felicidad. Esta es la idea de Pascal: todo hombre quiere ser feliz, inclusive el que va a ahorcarse. Se ahorca precisamente para escapar de la desgracia; y escapar de la desgracia es acercarse aún más, al menos tanto como uno puede, a una cierta felicidad, aunque sea negativa o la misma nada... Nadie escapa del principio de placer: pretender escapar de él (mediante la muerte, el ascetismo...) es permanecer sometido a él.

Tenemos, por lo tanto, un deseo de felicidad, y este deseo es frustrado, defraudado, herido. Otro verso de Aragon, en el mismo poema: «Digan las palabras “Mi

vida” y contengan sus lágrimas...». La felicidad nos falta; la felicidad se nos escapa.

¿Por qué?

Hay que partir del deseo. No sólo porque «el deseo es la esencia misma del hombre», como escribía Spinoza,⁹ sino también porque la felicidad es lo deseable absoluto, como lo demuestra Aristóteles,¹⁰ y finalmente porque ser feliz es, al menos en una primera aproximación, tener lo que se desea. Encontramos esta última idea en Platón, en Epicuro, en Kant y, en el fondo, en cada uno de nosotros. Lo comentaré más adelante.

¿Qué es el deseo? La respuesta que quisiera evocar primero, y que atravesará toda la historia de la filosofía, la formula Platón en uno de sus libros más famosos, *El banquete*. Como su título indica, se trata de una comida entre amigos, en este caso para celebrar el éxito de uno de ellos en un concurso de tragedia. Como saben que, cuando se come entre amigos, el placer principal no es la calidad del alimento, sino la calidad de la conversación —además, del alimento ya se ocupan los criados—, deciden elegir un bello tema de conversación: el amor. Cada uno hace su definición y su elogio del amor. Como no es mi tema, sólo retengo la definición de Sócrates, por boca del cual acostumbra a expresarse Platón. ¿Qué es el amor? Para resumir, Sócrates da la siguiente respuesta: «El amor es

deseo y el deseo es carencia». Y Platón remacha el clavo: «... lo que no posee, lo que él no es y aquello de que carece. ¿No son éstas o cosas semejantes el objeto del deseo y del amor?». ¹¹ La idea se mantendrá vigente hasta nuestros días. Por ejemplo, en Sartre: «El hombre es fundamentalmente deseo de ser» y «el deseo es carencia». ¹² Esto nos condena a la nada o a la caverna, digamos al idealismo: el ser está en otro lugar, iel ser es lo que me falta! Por eso la felicidad, necesariamente, se nos escapa.

Mientras Platón tenga razón, o mientras seamos platónicos (en el sentido de un platonismo espontáneo), mientras deseemos lo que nos falta, está descartado que seamos felices. ¿Por qué? Porque el deseo es carencia, y porque la carencia es un sufrimiento. ¿Cómo se puede ser feliz cuando falta, precisamente, aquello mismo que se desea? En el fondo, ¿qué es ser feliz? Evocaba la respuesta que encontramos en Platón, en Epicuro, en Kant, en cualquiera: ser feliz es tener lo que se desea. No necesariamente todo lo que se desea, pues entonces cada cual comprende que no será nunca feliz y, como dice Kant, que la felicidad es un ideal, no de la razón, sino de la imaginación. ¹³ Ser feliz es tener no todo lo que se desea, aunque sí una buena parte, tal vez la mayor parte, de lo que se desea. Bien. Pero si el deseo es carencia, sólo se desea, por definición, lo que no se tiene. Ahora bien, si sólo se

desea lo que no se tiene, no tenemos nunca lo que deseamos y, por lo tanto, no somos nunca felices. No se trata de que el deseo no sea nunca satisfecho; la vida no es tan difícil. Con todo, en cuanto un deseo es satisfecho, ya no hay carencia y, por lo tanto, ya no hay deseo. En cuanto un deseo es satisfecho, se anula como deseo: «El placer, —escribe Sartre—, es la muerte y el fracaso del deseo».¹⁴ Y, muy lejos de tener lo que se desea, se tiene entonces lo que se *deseaba* y ya no se *desea*. Como ser feliz no es tener lo que se *deseaba*, sino tener lo que se desea, ser feliz no puede ocurrir nunca (puesto que sólo se *desea*, una vez más, lo que no se tiene). De manera que, o bien deseamos lo que no tenemos, y sufrimos esa carencia, o bien tenemos lo que desde ese instante ya no deseamos, y nos aburriríamos, como escribirá Schopenhauer, o nos apresuramos a desear otra cosa. Lucrecio, mucho antes que Schopenhauer, dijo lo esencial: «Y además, en lo mismo giramos y nunca de ello salimos / ... / pero al anhelar lo que falta, estimamos eso más fino / que todo: otra cosa anhelamos si aquello lo conseguimos, / y siempre igual sed de vida nos tiene abierto el hocico».¹⁵ No hay amor feliz: mientras el deseo es carencia, la felicidad se nos escapa.

Para ilustrar este punto, he elegido cuatro ejemplos de distinta gravedad.

Empezaré por el más leve. Es el ejemplo de la tarde de Navidad. Todos los niños son diferentes, pero hay muchos, en nuestros países ricos, que desde principios de noviembre, por no decir desde finales de octubre, escogen, en uno u otro catálogo de venta por correspondencia o en el escaparate de una u otra tienda, el juguete que van a pedir para Navidad.

Desean tanto ese juguete, les *falta* tanto, que queda excluido que puedan ser felices por un instante de aquí a Navidad. Estamos a finales de octubre: la felicidad se aplaza durante dos meses. Por suerte, los niños olvidan de vez en cuando que ese juguete les falta; por lo tanto, a veces, les sucede que son felices por inadvertencia. Sin embargo, en cuanto piensan en ello, se vuelve imposible: ¡les falta demasiado! Se dicen: «¡Qué feliz sería si lo tuviese!», o «¡Qué feliz seré cuando lo tenga!». Pero no lo tienen y, por lo tanto, no son felices. Su espera les separa de la felicidad.

Llega la mañana de Navidad... Cuando todo va bien, cuando los padres han podido comprar el regalo, cuando papá consigue montarlo, cuando la petición es inteligible, cuando se ha pensado en comprar las pilas, etc., la mañana de Navidad forma parte de los momentos que son más bien fáciles de vivir. Aunque... Digamos que hay cosas peores, y no tardaremos en comprobarlo. Y es que,

después de la mañana de Navidad, viene inevitablemente la tarde de Navidad. Y ahí, algo empieza oscuramente a corromperse, a ensombrecerse, a estropearse... El niño se pone un poco más nervioso y gruñón, como si estuviese descontento. Los padres también se ponen nerviosos: «¿Qué ocurre? ¿No estás contento? ¿No es lo que tú querías?». El niño responde: «Sí, es exactamente lo que quería...». ¿Qué sucede? Como no ha leído a Platón, no puede responder realmente. En cambio, si lo hubiese leído, diría: «Lo que estoy comprendiendo es que es muy fácil desear el juguete que uno no tiene, el que a uno le falta, y decirse que uno sería feliz si lo tuviera... Pero que es mucho más difícil desear el juguete que uno tiene, el que ya no falta! En el fondo, es lo que explica Platón: el deseo es carencia. Este juguete que me has dado ya no me falta, puesto que lo tengo, y, por lo tanto, ya no lo deseo... ¿Cómo podría ser feliz? No tengo lo que deseo, sino simplemente lo que *deseaba*...». Como no ha leído a Platón, y como es bueno, se contenta con jugar como puede, para complacer a sus padres, hace ver que es feliz... Pasa la tarde, y luego la cena... El niño se acuesta y, cuando su padre va a hacerle los mimos habituales, el hijo pregunta: «Dime, papá, ¿Navidad, cuándo es?». El padre queda un poco desconcertado: «Aguarda, no me asustes... ¡Navidad, es hoy!». «Sí, ya lo sé —responde el

niño—, quiero decir... la próxima Navidad.» Y se inicia un nuevo ciclo...

El segundo ejemplo es más grave: es el ejemplo del paro. Todos comprendemos que el paro es una desgracia y a nadie le sorprendería que un parado le dijese: «¡Qué feliz sería si tuviese trabajo!». El paro es una desgracia. Pero ¿dónde se ha visto que el trabajo sea una felicidad? Cuando se está parado, sobre todo de una forma prolongada, se piensa: «¡Qué feliz sería si tuviese trabajo!». Pero esto sólo vale para el que no lo tiene. Para el parado, el trabajo podría ser una felicidad, pero cuando se tiene un trabajo, el trabajo no es una felicidad: el trabajo es un trabajo.

Tercer ejemplo, el más trágico de los cuatro. Es un ejemplo personal, pero no por haber estado yo en el lado de la tragedia. Es un recuerdo de infancia y, sin duda, la primera idea filosófica que tuve, una idea muy necia, como es propio de una primera idea. Debía de tener siete u ocho años. Veo a un ciego. Ya los había visto antes, pero por primera vez entiendo lo que significa ser ciego, lo que quiere decir. Hago como hacen los niños, cierro los ojos durante unos segundos, avanzo a tientas, y me parece atroz... Me digo: «Pero este ciego, si recobrara la vista, ¡sería feliz como un loco, simplemente por *ver!* Por lo tanto yo, que no soy ciego, he de ser feliz como un loco,

puesto que veo». Y creo descubrir —ésta es la necia idea que evocaba— el secreto de la felicidad: en lo sucesivo, seré perpetuamente feliz, puesto que la vista no me falta, puesto que veo. Lo intenté... Nunca funcionó. Porque tan cierto es que ser ciego es una desgracia como que la vista no ha bastado nunca para garantizar la felicidad de nadie. Todo lo trágico de nuestra condición se resume en esto: la vista sólo puede garantizar la felicidad de un ciego. Ahora bien, no garantiza su felicidad, puesto que es ciego y la vista le falta; y no garantiza la nuestra, puesto que vemos y la vista, por consiguiente, no nos falta. No existe una vista feliz, o una vista que, en cualquier caso, baste para la felicidad.

Último ejemplo, más leve: el del amor, de la pareja. Acuérdense de Proust, de *En busca del tiempo perdido*: «Albertine presente, Albertine desaparecida...». Cuando no está, sufre atrocemente: está dispuesto a todo para que vuelva. Cuando está, se aburre: está dispuesto a todo para que marche. Nada más fácil que amar a quien no tenemos, a quien nos falta: esto se llama «estar enamorado», y está al alcance de cualquiera. Pero amar a quien tenemos, a quien vive con nosotros, ¡eso es otra cosa! ¿Quién no ha vivido esas oscilaciones, esas intermitencias del corazón? Unas veces amamos a quien no tenemos y padecemos esa carencia: es lo que se llama «una pena de amor».

Otras veces tenemos a quien ya no nos falta y nos aburrimos: es lo que se llama «una pareja». Y esto rara vez es suficiente para la felicidad.

Schopenhauer, como un genial discípulo de Platón, lo resumirá mucho más tarde, en el siglo XIX, en una frase de la que siempre digo que es la más triste de la historia de la filosofía. Cuando deseo lo que no tengo, obtengo carencia, frustración, lo que Schopenhauer denomina «sufrimiento». ¿Y cuando el deseo es satisfecho? Ya no obtengo sufrimiento, puesto que ya no hay carencia. No obtengo felicidad, puesto que ya no hay deseo. Obtengo lo que Schopenhauer llama «aburrimiento», que es la ausencia de felicidad en el lugar mismo de su presencia esperada. Decíamos: «Qué feliz sería si...». Y tan pronto el «si» no se realiza, y somos desgraciados, como sí se realiza, y no por ello somos felices: nos aburrimos o deseamos otra cosa. De ahí la frase que anunciaba, que resume tan tristemente lo esencial: «La vida oscila, como un péndulo, del dolor al hastío».¹⁶ Sufrimiento porque deseo lo que no tengo y sufro esa carencia; aburrimiento porque tengo lo que desde ese instante ya no deseo.

George Bernard Shaw decía que «hay dos catástrofes en la existencia: la primera, cuando nuestros deseos no son satisfechos; la segunda, cuando lo son». Frustración

o decepción. Sufrimiento o aburrimiento. Inanición o inanidad. Es el mundo del *Eclesiastés*: «Vanidad de vanidades, todo vanidad».

Porque el deseo es carencia, y en la medida en que es carencia, la felicidad se nos escapa necesariamente. Es lo que llamo «las trampas de la esperanza», siendo la esperanza la carencia misma —lo retomaré más adelante— en el tiempo y en la ignorancia. Sólo esperamos lo que no tenemos. Traten, para comprobarlo, de esperar a estar sentados. Sólo esperamos lo que no tenemos, y por eso somos tanto menos felices cuanto más esperamos el devenir. Siempre estamos separados de la felicidad por la misma esperanza que la persigue. En cuanto esperamos la felicidad («Qué feliz sería si...»), no podemos evitar la decepción: ya porque la esperanza no es satisfecha (sufrimiento, frustración), ya porque sí lo es (aburrimiento o, nuevamente, frustración: como sólo se puede desear lo que falta, se desea de inmediato otra cosa, y no se es feliz por eso...). Woody Allen lo resume con este enunciado: «¡Qué feliz sería si fuese feliz!». Por lo tanto, es imposible que lo sea alguna vez, puesto que no deja de esperar el devenir. También Pascal, con un genio al menos comparable, lo resume a su manera en los *Pensamientos*. Se trata de un fragmento de unas veinte líneas, dedicado al tiem-

po. Pascal explica que no se vive nunca para el presente: se vive un poco para el pasado, explica, y, sobre todo, mucho, mucho para el futuro. El fragmento se termina con estas palabras: «De esta manera no vivimos nunca, pero esperamos vivir; y, estando siempre dispuestos a ser felices, es inevitable que no lo seamos nunca». ¹⁷

¿Qué hacer? ¿Cómo evitar este ciclo de la frustración y el aburrimiento, de la esperanza y la decepción?

Hay varias estrategias posibles. En primer lugar, el olvido, la *diversión*, como dice Pascal: ¡Pensemos rápidamente en otra cosa! Hagamos como todo el mundo: finjamos que somos felices, finjamos que no nos aburrirnos, finjamos que no morimos... No me detendré en ello. Es una estrategia no filosófica, puesto que en filosofía se trata precisamente de no fingir.

Segunda estrategia posible: lo que llamaré la huida hacia delante, de esperanza en esperanza; lo que hacen de algún modo los jugadores de lotería, que todas las semanas se consuelan de haber perdido con la esperanza de que ganarán la semana que viene... Si esto los ayuda a vivir, no seré yo quien se lo reproche. Pero, una vez más, me concederán que esto no constituye una filosofía, ni menos aún una sabiduría.

La tercera estrategia prolonga la precedente, pero

cambiando de nivel. Ya no se trata de una huida hacia delante, de esperanza en esperanza, sino más bien de un *salto*, como diría Camus, a una esperanza absoluta, religiosa, que no se considera susceptible de ser defraudada (puesto que si no hubiese vida después de la muerte, no habría nadie para advertirlo). En el fondo, es la estrategia de Pascal. El mismo Pascal que explica tan bien que «estando siempre dispuestos a ser felices, es inevitable que no lo seamos nunca», también escribe, en otro fragmento de sus *Pensamientos*, que «no hay más bien en esta vida que la esperanza de otra vida».¹⁸ Es el salto religioso: esperar la felicidad después de la muerte. O, en términos teológicos, pasar de la esperanza (como pasión) a la espera (como virtud teologal, pues tiene a Dios por objeto). Esta estrategia tiene su carta de nobleza filosófica... También es preciso tener fe, y ustedes saben que no la tengo. O estar dispuesto a *jugarse* la vida, como diría Pascal, y me niego a ello: el pensamiento debe someterse a lo más verdadero, o a lo más verosímil, y no a lo más ventajoso.

Por lo tanto, he tenido que tratar de inventar, o de reinventar, otra estrategia. Ya no el olvido ni la diversión, tampoco la huida hacia delante de esperanza en esperanza, ni tampoco el salto a una esperanza absoluta, sino, al contrario, un intento de tratar de liberarnos de

ese ciclo de la esperanza y la decepción, de la angustia y el aburrimiento, un intento, puesto que toda esperanza es siempre defraudada, de tratar de liberarnos de la misma esperanza.

Esto me conduce a mi segundo punto...